

CARA A LA MUERTE

Luis Martínez Viqueira

La vida no es el supremo bien. El antiguo hispano pierde la vida con entusiasmo patriótico, como los cántabros en la cruz y los numantinos en suicidio colectivo; la pierde por cumplir los altos deberes de fidelidad, no sólo individual, sino también ciudadana e internacional, como en el sacrificio de Sagunto.

Ramón Menéndez Pidal. Los españoles en la historia (1947).

Todos los militares, de cualquier ejército del mundo, de una u otra forma adquieren el compromiso de defender a su nación mediante el cumplimiento de unas normas que están empapadas de valores que resultan muchas veces incomprensibles para el resto de la población. El motivo es que la puesta en práctica de esas normas y de esos valores puede llevar al militar a perder su vida.

Cuando la muerte es más que una posibilidad, es preciso un inconsciente ejercicio psicológico que haga que los valores colectivos aprendidos en la escuela, emanados de la historia y entendidos inconscientemente como propios, se transformen en un entramado de valores individuales, aprendidos, vividos y ejercitados primero en familia, luego en las academias militares y, sobre todo, en las unidades del Ejército.

El ejercicio de la carrera de las armas y la disposición a perder la vida en determinadas circunstancias son algo tan personal, tan enraizado en ese conjunto de virtudes que, aunque se vivan colectivamente, ya que la milicia es siempre una vivencia gregaria, no son explicables sin un ejercicio de introspección personal, basado en la propia experiencia que les propongo, y por el que, de antemano, me disculpo.

Escena uno. Zaragoza 1987. Asesinato en atentado terrorista de ETA

Una fría y gris mañana de enero el comandante de Ingenieros Manuel Rivera Sánchez se dirigía con otros militares y civiles a la Academia General Militar de Zaragoza, donde estaba destinado y mandaba una Compañía de Caballeros Cadetes de 2º curso. Un zarpazo criminal segó su vida junto con la del conductor del autobús en el que se dirigía a la Academia. Era el jefe de

compañía del autor de este artículo.

Su ejemplo como persona y como oficial del Ejército fue breve para los que servimos bajo sus órdenes. Esta brevedad no mermó ni la intensidad ni el indeleble sello que aún perdura en los ahora veteranos oficiales de aquella promoción, fogueada como pocas, premiada con los puestos en primera línea y visitada por la muerte con demasiada frecuencia.

No importa. Sabemos el valor del sacrificio porque el comandante Rivera nos inculcó unos preceptos morales con los que nos animó a vivir la milicia con plenitud, sin renunciar a nada y buscando los lugares de mayor riesgo y fatiga. Estoy convencido de que los avatares y vicisitudes de esa promoción no hubieran sido los mismos si no nos hubiera preparado para ello nuestro jefe, nuestro líder, y si ese día, que todos recordaremos siempre, no nos hubiera dado la lección final del sacrificio supremo de su vida.

Recuerdo con claridad y precisión la rabia y el desasosiego. La incertidumbre inicial, la sensación de ser vulnerable. Las lágrimas frías y amargas. Las miradas perdidas y huérfanas de respuestas.

Aquel día un puñado de jóvenes inmaduros pero trabajadores y sobrios como pocas, alcanzamos a conocer la realidad de la vida y de la muerte. Fuimos conscientes de que la vida militar es dura y de que nada es gratuito. Que el odio irracional de unos malnacidos que mancillan la noble tierra vasca, era algo más que el titular de un periódico.

Aquel día nuestras miradas perdieron la ingenuidad de la infancia y se mostraron aceradas y limpias. Aquel día nuestros corazones desbordaron de lealtad al jefe caído y de fidelidad al juramento que habíamos hecho meses antes.

Aquel día sellamos un inconsciente pacto con el jefe, que acababa de entregar la vida a su Patria, para seguir su ejemplo hasta el final. En una palabra, aquel día nos hicimos soldados.

Escena dos. Bosnia 1993. Muerte de dos compañeros.

Los compromisos de España en la escena internacional desde la incorporación de nuestro país a la OTAN primero y a la Unión Europea después, llevaron a los diferentes gobiernos a

desplegar unidades militares en diversos lugares del mundo. Primero oficiales que hacían de observadores militares en misiones de ONU en África o Centroamérica y, a partir de 1992, unidades completas con el despliegue de una Agrupación de La Legión en Bosnia. Las unidades de La Legión, la élite del Ejército español, desplegaron en los Balcanes para integrarse en una misión de la ONU. Unidades entrenadas para participar en combates de muy diversa naturaleza participaron en una «Operación de mantenimiento de la Paz», lo que supone un reto de adaptación hacia otra forma de hacer las cosas en una guerra en la que no se es beligerante... es la paradoja de los cascos azules, asumir grandes riesgos sin tomar partido por ningún bando.

Una mañana primaveral, una sección española estaba desplegada en la ciudad bosnia de Mostar, ciudad entonces dividida, cuyo barrio musulmán estaba asediado. Su misión era el abastecimiento a un hospital que intentaba hacer su trabajo en unas condiciones precarias apenas aliviadas por el esfuerzo multinacional. El jefe de esa sección, el teniente Arturo Muñoz Castellanos, cayó abatido por la explosión de una granada de mortero y nada se pudo hacer por salvar su vida.

Poco después, otra sección española patrullaba, como cada día, con sus vehículos blindados, la ciudad de Mostar, esta vez en el lado croata. El jefe de la sección, el teniente Jesús Aguilar Fernández, sacaba su cabeza por la escotilla para poder dirigir la operación cuando fue alcanzado por disparos de un francotirador que acabaron con su vida de forma inmediata.

Tanto Arturo como Jesús eran compañeros de promoción y amigos del autor de este artículo. La sensación es indescriptible. Un frío escalofrío recorre la espalda. Los ojos dejan de producir lágrimas. El subconsciente intenta engañarte haciéndote creer que todo eso no ha sucedido de verdad. La muerte se presenta sin avisar, y sabes que el siguiente podrías ser tú. ¿Por qué no? En cualquier instante. Se ha de tener la cabeza fría y el corazón caliente para evitar que el miedo aparezca y controlar las indeseables ansias de venganza.

En esos momentos la mente busca explicaciones y respuestas. Jesús y Arturo han muerto jóvenes. Dos amigas, dos chicas de menos de 30 años se quedan viudas. ¿Ha merecido la pena? ¿Existen motivos verdaderamente importantes por los que morir de esta forma?

Cuando se vive con intensidad y plenitud la carrera de las armas y se es consciente de que la misión es justa y que merece la pena correr el riesgo, la respuesta a las preguntas es sí. Sin duda.

Escena tres. Kosovo 1999. Se salva la vida a un anciano serbio.

Durante la primavera de 1999, la OTAN llevó a cabo una operación de combate, fundamentalmente aérea, sobre Serbia para doblegar la voluntad del gobierno de ese país que todavía se llamaba Yugoslavia. Tras los acuerdos de alto el fuego, al comienzo del verano, las tropas terrestres ocuparon la región de Kosovo. España despliega nuevamente unidades de la Legión que se hacen cargo de la comarca de Istok, al noroeste. Los blindados penetran en una región fantasma, deshabitada y humeante. Hay confusión y, junto a las milicias kosovares y alguna familia albanesa que ya han regresado de un breve exilio forzado, hay ciudadanos serbios, especialmente ancianos, que se niegan a abandonar la tierra en que nacieron. Se percibe una tensión latente.

Durante una patrulla a pie, el autor de este artículo llega al frente de sus hombres a una zona aislada en el monte donde se sitúa una casa humilde, casi una chabola, ante cuya puerta los muebles destrozados se apilan en un montón de astillas en cuya cúspide hay un anciano semidesnudo, aturdido y aterrado ante dos cobardes milicianos kosovares que le acaban de rociar con gasolina dispuestos a quemar los humildes enseres junto a su dueño.

La providencia quiso que nuestra presencia salvara la vida de aquel pobre anciano de una muerte cierta y especialmente cruel. Esta circunstancia alargó la vida de aquel hombre a quien, tras dejarlo en el hospital, no volvimos a ver, pero sobre todo, dio un sentido pleno a las vidas de los que lo encontramos. Habíamos salvado la vida de un hombre único e irrepetible y desde entonces nuestras vidas, aún jóvenes, ya estaban de alguna forma amortizadas para siempre ya que cualquiera de nuestras vidas vale lo mismo que la de cualquiera de los que tengamos que proteger, con la diferencia que los militares, en el comienzo mismo de su vida castrense ofrecen su vida a su patria, concepto que adquiere un sentido pleno cuando se materializa en una persona, compatriota o, incluso, como en este caso, un extranjero a quien teníamos la obligación de proteger.

¿En qué consiste la excepcionalidad militar?

Existe una generalizada incompreensión sobre la naturaleza del pensamiento militar, sobre las motivaciones y sobre la «locura» de jurar dar la vida por unos valores colectivos.

Es un debate un tanto larvado, rara vez manifestado por comunicadores o políticos salvo con ocasión de que la muerte se haga con los titulares de actualidad. Es esta una controversia relativamente moderna que surge en las acomodadas sociedades occidentales, presas de un hedonismo automatizado que acaba por ocultar una necesidad, apenas percibida, de seguridad colectiva. Necesidad de la que nadie dudó en las playas de Normandía pero que es permanentemente cuestionada hoy en día desde cualquier sofá con cobertura WiFi de banda ancha.

Los sentimientos descritos en la larga exposición previa a esta conclusión aparecen sólo cuando el riesgo es inminente o al menos así percibido. Los ciudadanos de la frontera este de la República Federal Alemana en los años cincuenta del pasado siglo, por ejemplo, tenían seguramente una mayor concienciación para asumir sacrificios que los actuales.

De la misma forma, ante la amenaza de una pandemia, real pero difícilmente perceptible salvo por los medios de comunicación o por las experiencias de terceros, hace que los militares desplegados en España para la operación Balmis arriesgaran su vida de forma muy diferente a la que tenían interiorizada en sus cientos de horas de instrucción y adiestramiento contra un enemigo tangible, feroz, metálico, visible. Es necesaria una rápida adaptación cuando se contribuye a la lucha contra una amenaza silente, invisible, pero no menos letal de lo que podría ser un regimiento de carros del Ejército Rojo o un comando terrorista. Sin embargo, el militar arriesga y gana.

Gana aunque pierda su vida porque sabe que su lucha es justa, que su esfuerzo merece la pena, que la vida del muchacho que está tumbado en el sofá o la del anciano que agoniza en la UCI vale exactamente igual que la suya, con la diferencia que él tiene el deber de protegerles y lo hace sin recurrir a planteamientos de orden material, sin hacer cuentas o balances de rentabilidad. Aquí sólo vale la moral, la satisfacción del deber cumplido, que no es otra cosa que el honor. Por eso el militar hace de su vida un constante e inestable equilibrio entre el sacrificio que le demanda su honor y el materialismo al que le arrastra la sociedad. Ha sido siempre y así será por muy tecnificados que sean los sistemas de armas o por muy insidiosa, invisible o imperceptible que sea la amenaza.

El militar no es un suicida potencial, ni un desequilibrado que busque afanosamente el riesgo o una segregación extrema de adrenalina. Muy al contrario, como dijo Chesterton *el verdadero*

soldado no lucha porque odie lo que tiene delante, sino porque ama lo que deja detrás, su familia, sus compañeros, sus tradiciones o los desconocidos que forman también parte de su existencia. Ama la vida, la belleza y todo lo que ella representa y lo hace apasionadamente.

El verdadero militar trata, con dificultad, de distinguir en «el enemigo», ese conjunto indefinido e impersonal, al hombre que tiene enfrente, a quien no conoce y que tiene, muy probablemente, sentimientos muy similares a los suyos. Así fue en la llamada «guerra galana» y así seguirá siendo mientras la guerra justa, la caballeridad y el respeto hacia el vencido sea enseñado en las academias militares. Sólo así la milicia seguirá siendo, como decía Calderón de la Barca, una *religión de hombres honrados*.

Los militares no están permanentemente implicados en operaciones militares, aunque sí están siempre disponibles, y desean no tener que usar sus conocimientos y sus procedimientos tácticos, de la misma forma que un médico desea que no haya enfermedades. No desean arriesgar sus vidas, pero no rehúsan el sacrificio y buscan las ocasiones de servir a su patria en el lugar de mayor riesgo y fatiga, como rezan las viejas Ordenanzas Militares de España.

El sueño de cualquier hombre de armas tras una vida de servicio, asumiendo riesgos, pero habiendo disfrutado de una vida plena y dichosa, sería abandonar este mundo rodeado de todo aquello que has amado, dejando, junto a un cadáver envejecido pero espléndido, una limpia hoja de servicios, sin deudas morales, sin nada de que arrepentirse y con la íntima satisfacción del deber cumplido. Y estoy seguro de que en ese momento, cuando todo se haya apagado salvo una luz al final de un largo túnel, de fondo, tenue, pero más viva que nunca, se escucharán los sonos vibrantes de una marcha legionaria, no sólo por el militar que se va sino, sobre todo, por sus compañeros, soldados de todos los tiempos y naciones que se han mantenido firmes en sus creencias y en el esfuerzo permanente por mantener su patria segura y limpias sus espadas.

L. M. V.